

inexperto, en ese otro laberinto teórico que se llama estructura de la novela. El signo ¹² de la novela está compuesto de dos planos: de la realidad y de la fantasía. La perspectiva original de la novela consiste en que el plano de la fantasía se cambia por el de la realidad, se «realiza». Es como si la forma, o el alma, fuese la verdadera materia. La muerte y la vida cobran así la contingencia de un tiempo detenido «in vitro», efímero o eterno. El absurdo se caracteriza por ser increíble, una representación paródica de lo creíble. Pero la novela de Rulfo no es representación. Los personajes en la vida son actores que mienten, que simulan para demostrar lo que no son. En la muerte actúan con una sinceridad conmovedora. No tienen que demostrar con verdades arteras, manipuladas, las muchas mentiras de sus vidas pobres y vacías.

En *Pedro Páramo* la narración y descripción se sirven de un lenguaje discursivo, poético, impregnado de un palpito metafísico, como soporte de la idealidad, de la forma, como plano estético sobre el escritor ¹³. En los diálogos utiliza un lenguaje coloquial, sencillo y hasta vulgar, emanado del pueblo, sustentador de la realidad, como plano ético. La realidad no está escamoteada, como ocurre en ciertas magias de juego y artificio, sino que hace creíble y cercana la fantasía. El escritor se sirve de las palabras para expresar su mundo, de la realidad de un vocabulario.

El discurso lineal proporciona una idea premeditada de camino. Las novelas sencillas inician una peripecia que se complica y explica, que termina. El lector sigue el hilo que el narrador omnisciente, paternalista y comprensivo le va dejando caer. El escritor todopoderoso siempre cree que el lector es demasiado ingenuo. En el laberinto, el discurso se rompe en segmentos narrativos, descriptivos o dialogales que intentan recomponer su estructura de rompecabezas, en una contigüidad que en la escritura es siempre secuencial, el camino perdido, reflejado en una multiplicidad de espejos. La estructura fragmentada, re-compuesta es esencial en *Pedro Páramo* para construir el laberinto: caminos cortos que no conducen a ninguna parte, pasillos, segmentos. Descripciones y diálogos; una filosofía rota, incapaz de explicar el uni-verso. La poesía diluida como solución explicativa. La realidad, sus pedazos, recogidos pacientemente por el escritor, re-compuestos, iluminados por el arte. El poeta rescata el sufrimiento de las tumbas y las mazmorras, de las cuevas y los túneles, de la noche larga del infierno, y lo trasciende a paradigma y obra de arte, a iluminación de la escritura creadora.

El poeta escribe del infierno para poseerlo y evitarlo. Hay en él una actitud atávica de hombre primitivo que caza la realidad, o a su enemigo, para no temerlo, para dominarlo. Si nos muestra el infierno, y es Virgilio o un mulero que nos lleva hasta él, es con el objeto de conocerlo y evitarlo. Qué más quisiera el poeta que sus invenciones sirvieran para transformar y mejorar el mundo, no para perderlo. Pues el infierno se caracteriza por la reducción al grado cero de las posibilidades de futuro, de esperanza y alegría. En Comala, el cura Rentería, a fuerza de predicarlo o de hacerlo temer desde el confesonario, desde su vida inejemplar, mentirosa, al servicio del poder

¹² Véase MARTA PORTAL: *Análisis semiológico de Pedro Páramo*, Narcea, S. A. de Ediciones, 1981.

¹³ Véase GUTIÉRREZ MARRONE: *El estilo de Juan Rulfo. Estudio lingüístico*. Editorial Bilingüe, New York, 1978.

ensangrentado y del dinero, lo ha creado en la tierra. (¡Qué obcecación en no hacer de esta tierra también un paraíso!) No hay novelas absurdas, absurdo es el hombre empeñado en hacer un infierno del mundo. La historia parece la más increíble ficción si no horrorizasen tanto los crímenes, guerras, genocidios, sinrazones, maldades, estupideces.

El sueño de la razón crea monstruos. Pero las razones de la imaginación son intuiciones de realidades enmascaradas que el buen sentido común no deja ver. No es éste el mejor de los mundos, aunque enseñanzas manipuladas, imágenes falsas y bobaliconas publicidades quisieran convencer de ello. El mal del mundo es denunciado por poetas que dominaron el laberinto y escribieron para destruirlo, *El proceso*, *Un mundo feliz*, *El lobo estepario*, 1984, *Pedro Páramo*. No por no querer verlo, o no leerlo, el infierno deja de existir. No se mata fácilmente a la conciencia con enajenaciones, diversiones, sucedáneos, suplantaciones y engaños. Si a cada hombre no se le permite ser, elegir, vivir, allí hay un pedazo de infierno. Si la sociedad no es libre, dinámica, generosa, abierta, también allí hay un infierno. El infierno es Pedro Páramo y también Comala; el hombre o el mundo.

Escribir más allá de *Pedro Páramo* o *El llano en llamas* sería una forma de enloquecer, la estancia en nuevos infiernos. Rulfo, comprensivamente tomó la decisión de no escribir, como Rimbaud, huyendo de sí mismo, o no publicar, como Kafka, mandando quemar su obra. Lo cual demuestra que no es necesario escribir varios tomos de obras completas, la *Comedia humana* para perdurar. Los poetas más excelsos son breves, como Garcilaso, Fray Luis de León o San Juan de la Cruz. Los poetas son simplificadores, intentan la reducción de los mundos, al uni-verso elemental. Y Rulfo es un poeta cuando escribe reduciendo páginas, simplificando las obras completas a obra única, a una palabra esencial, páramo o llano, como espacio y tiempo detenidos en una película de sueño, morosa, indefinida. La llanura es el espacio donde cielo y tierra se confunden, en la realidad/irrealidad del espejismo del desierto. El páramo o el llano en llamas son definiciones del infierno, de la pobreza y de la guerra. Hölderlin o Nietzsche llegaron a las puertas del infierno y no volvieron. El hombre moderno no puede salir del infierno y entrar en el paraíso. La falta de fe de Dante y la solución vital: sabiduría igual a verdad. Desde entonces los visionarios y los poetas han escrito más del infierno que del cielo. La filosofía y la literatura indagan los límites del mal, el dolor del alma. Los personajes de Rulfo tienen dolor de alma, más que dolor de corazón. Pedro Páramo no tiene perdón, ni salvación, es demasiado tarde. Siempre es tarde en la vida; la prisa o la enajenación se apoderan del tiempo y hacen de él su capricho.

En *Pedro Páramo* el infierno no es una palabra solemne, metafórica, superstición. Los personajes pronuncian esta palabra maldita desde la cotidianeidad de sus vidas y acciones. Hay en Rulfo influencias del submundo religioso y temible; aquel que levantaba catafalcos y calaveras, representaciones de la muerte, predicación de los «novísimos», para espantar a sus muertos; las ánimas que no encontraban descanso hasta que sus amigos y feudos mandasen las misas pertinentes, las limosnas prometidas, las oraciones recomendadas. Este trasfondo religioso impregna el texto. Porque la muerte no es tal, vista desde la vida, sino incógnita, vida en otro nivel de vida o

muerte. Son perspectivas abiertas o cerradas. Dorotea no cree en el cielo. Sin embargo, Justina sí cree en él. «¿Tú crees en el infierno, Justina?» «Sí, Susana. Y también en el cielo».

¿Se cree en el infierno o se vive en él? La historia demuestra que cuando se cree en el infierno se le espanta, como en un conjuro. (Se cree y espera en lo que no se tiene.) Escapar del infierno, soñar el paraíso en esta tierra, o en la otra, fue una ilusión del hombre encadenado, sumido en el dolor, la explotación, la mentira. Los grandes liberadores fueron soñadores de paraísos, celestes o terrenales, con sus promesas de felicidad y libertad. Los liberadores fueron poetas de la acción que llevaban la utopía a la práctica, que transformaban el mundo. Pues la mejor manera de evitar el infierno es combatirlo con la esperanza, con la acción. El poeta nos descubre el infierno, que está ahí, que no es invención, sino realidad. El soñador utópico invita a desterrarlo, pues subyace en el alma de los hombres, en la subcultura, el subdesarrollo en la subrealidad.

El poeta es un exagerado, un hiperbólico. La palabra la convierte en parábola. Juan Rulfo parte del lenguaje común de la cotidianeidad expresiva. Con palabras —son sus primeros recursos— construye su novela. Luego hay una intencionalidad de estilo, aunque se pretenda construir la obra literaria desde los niveles más ínfimos de la realidad. Rulfo emplea expresiones populares, coloquialismos. Pero la distribución de los diálogos, su estructuración en la novela, ya es una forma de estilo. No existe «behaviorismo literario». La literatura o el arte siempre es una copia de la realidad vista, además, desde el subjetivismo del artista. Los recursos realistas convierten el infierno en algo real. Comala resulta un espacio denso, oscuro, irrespirable, cuya desdicha se come: «Hay pueblos que saben a desdicha. Se les conoce con sorber un poco de su aire viejo y entumido, pobre y flaco como todo lo viejo. Este es uno de esos pueblos, Susana». Comala no es un purgatorio donde se exculpen pecados veniales. En el purgatorio hay arrepentimiento y esperanza. En Comala se respira el fatalismo. La tragedia se despoja de la solemnidad de sus actos para ser la cotidianeidad absoluta, la costumbre de lo que no se puede escapar. (La exageración del infierno —ese miedo oscuro con el cual se amenaza a las almas ingenuas y en el que los cínicos ya no creen— la convierte Rulfo en normalidad.) Comala como parábola del mundo es una hipérbole despojada de sus exageraciones por el arte de Rulfo, es decir, la realidad convincente. *Pedro Páramo* no es una utopía del desengaño y la desesperación, construida desde la filosofía del fatalismo. Es una oscura crónica de una manera de entender, y perder, la vida; de un infierno real, que no es lejano, localizable en la comarca de Jalisco. Es también paradigma de un mundo a solas, cerrado y negro, del que hablan los poetas en cualquier idioma y cultura. El infierno en el que se convierte el universo, privado de la verdad, de la justicia, de la libertad, cuando en él reina la mentira, la explotación, el crimen, las cadenas, las prisiones y las tumbas.

Juan Rulfo no ha escrito el paraíso, tal vez porque el cielo debe ser real y no ficción. Tal vez, para que sus lectores escapen de Comala, y en la reflexión y la esperanza, se agarren a la experiencia de Dante para ir al paraíso. Sería, aún mejor, tomar la mano de Beatriz. (Se puede llegar más lejos con el amor, que acompañado

de la ciencia.) Tal vez el infierno nos es dado gratuitamente y el cielo haya que ganarlo. ¿Olvidar Comala o transformarla? No por no querer verlo, por ignorarlo, el infierno deja de existir. Además, el infierno es el espacio arrebatado al paraíso, una invasión que despoja la tierra y aire de realidad y de esperanza. Comala existe porque se quiere, porque se deja hacer al fatalismo, a la pereza, a la explotación. El infierno puede combatirse, desalojarlo de los dominios del hombre, mediante la verdad y la alegría. Dejando que al principio del camino Juan Preciado mire la vida desde la ilusión. Antes de que la amarga experiencia le pierda por los laberintos, esas pruebas —deberes, derechos, leyes, normas, obligaciones, responsabilidades y trabajos— que la humanidad pone adrede para que todos pasen por el aro. Pues a nadie le es permitido vivir eternamente en la ingenuidad.

AMANCIO SABUGO ABRIL
Urbanización «Los Llanos», 1.
VILLALBA (Madrid)